

Homilía de XIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.”

Introducción

Celebramos hoy en la Iglesia la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, tradicionalmente conocida como Corpus Christi, es una de las celebraciones de gran raigambre en la cultura y religiosidad popular de muchos de nuestros pueblos. La costumbre nos concitaba en otro día sin embargo, el jueves. Uno de esos jueves, como decía mi abuela, que relucen más que el sol. Los tiempos y los cambios en la forma de expresión de la fe y de la vida han hecho que hoy ya se celebre la festividad el domingo en muchos lugares.

Celebrar el Corpus Christi no es una celebración de la fisiología de Jesús ni por supuesto una exaltación de las propiedades de su sangre. Celebrar el Corpus significa celebrar la vida, la vida dada, regalada. La vida de un hombre: el Hijo de Dios, que se hace alimento para darnos a nosotros MÁS vida.

Lo que hoy celebramos es la vida hecha alimento y la pregunta que nos quedará a cada uno de nosotros como seguidores de Jesucristo es en qué medida mi vida como creyente es también, a su manera, alimento de vida para los demás.



Fr. Ismael González Rojas
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a

Moisés habló al pueblo diciendo: «Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios. No olvides al Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con serpientes abrasadoras y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres».

Salmo

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20 R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sion. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R/. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 16-17

Hermanos: El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Pautas para la homilía

Uno de los primeros elementos que nos transmite la Palabra de Dios en esta solemnidad es la categoría de recuerdo. La primera lectura tomada del libro del Deuteronomio nos habla de la importancia de recordar la historia, mejor dicho, la relación, la presencia de Dios en nuestras vidas. Cotidianamente cuando celebremos la Eucaristía, en el momento del perdón que juntos como comunidad hacemos al inicio de la gran fiesta de acción de gracias, me gusta invitarme a mí mismo y a los demás a pedir perdón sobre todo por nuestra poca memoria de la acción y presencia salvífica que de Dios tenemos en nuestra vida cotidiana.

Nos sucede, de manera muy similar, a lo que ocurre en invierno cuando nos levantamos de la cama y nos vestimos: al principio sentimos fría la camiseta que nos ponemos y notamos que ella está pegada a nuestro cuerpo. Poco a poco la camiseta adquiere la temperatura corporal y durante todo el día nos olvidamos de que la llevamos. Pero esto no significa que la camiseta haya dejado de hacer su labor de protegernos del frío. Con el Señor nos pasa algo similar. Es lo que decía mi abuela... que de santa Bárbara... solo cuando truena. Pues eso. Hacernos conscientes de la presencia de Dios, recordar su relación con nosotros nos ayudará a vivirnos más conscientes de ello, más agradecidos y agradados. La eucaristía, el cuerpo partido y repartido de Cristo en la última cena es también ese recuerdo, ese memorial de una vida que se dona a favor nuestro. Esa actualización permanente del gesto que está llamado a repetirse de manera análoga en nuestra vida. Recuerdo y memorial.

Recordar. Ese volver a pasar por el corazón lo importante de las personas que conforman nuestra vida es una acción de gracias y a la vez un alimento, la "gasolina" del motor de nuestras vidas. Ya lo decía Timothy Radcliffe, antiguo maestro de la Orden de Predicadores: es necesario recordar lo vivido, nuestra historia, nuestras tradiciones, los hermanos que han caminado y hecho historia con nosotros y antes que nosotros.... Pero no por mero afán nostálgico, sino para crecer en actitud de agradecimiento y sobre todo para sentirnos parte. Sentirnos parte de la vida de Dios. Sabernos importantes para el corazón del Señor. Esta es la gran lección del recuerdo de la acción de Dios en la historia. Quizá me atrevería a decir, y con cierto temblor, que es ésta la gran tarea necesaria del cristiano: hacer memorial de la vida... la del Señor Jesús en la Eucaristía y la de todos y cada uno de nosotros en la vivencia de la fe.

Pero hay un paso más en este día del Corpus Christi: el cuerpo y la sangre de Jesucristo se hacen alimento permanente para nosotros. La lectura del evangelio de san Juan nos insiste en la simbología del pan vivo bajado del cielo. Comer su cuerpo y beber su sangre es mucho más que el acto físico. Es entrar a formar parte de la vida misma de Jesucristo y por tanto de Dios. Es sentirnos implicados en la vida de Cristo de tal manera que nos lleve a vivir y a actuar al modo de Jesús, con sus intenciones y formas. Esta idea de formar parte de la vida nos la recuerda una de las grandes mujeres de la mística cristiana. En el corazón de esa relación venida del alimento que supone la misma vida compartida hallamos el encuentro, la presencia constante de Cristo. En el siglo XIV Juliana de Norwich, no sólo llamaba a Dios nuestra 'madre', sino que también al mismo Cristo apelaba de la misma manera: Jesús es nuestra madre. Esto puede parecer muy extraño, incluso poco dogmático. Pero, como siempre, Juliana de Norwich quería decir algo luminoso en lo que afirmaba, había en su decir razones profundas para decir lo que decía. Ella no quería decir que Jesús fuese como nuestra madre. Se refería justamente al contrario: nuestra madre es como Jesús. La madre alimenta a su hijo desde su propio cuerpo, con su propio cuerpo y vida. El cuidado de una madre para con su hijo puede ser la mejor imagen que tenemos de Dios... y de Jesús. Alimentarnos con su propia vida.

Y el paso final, siempre es la pregunta. Pregunta o preguntas que cada uno de nosotros como creyentes tenemos que respondernos en un diálogo de amistad con el Señor. ¿Me siento alimentado por Cristo en la Eucaristía, en cada encuentro que realizo con Él? Y yo... como seguidor de Jesús: ¿es mi vida un espacio, una realidad compartida que da vida a los de mí alrededor? Dice Jesús que comiendo su carne y bebiendo su sangre habitamos uno en el otro, como un niño habita en su madre.

La implicación que supone confesar y celebrar el Corpus Christi va mucho más allá de una bonita reflexión sobre la comunión eucarística o de la bella oración y melodía del Ave verum corpus tomístico. Cuando uno está realmente implicado se delata a sí mismo como tal. ¿Cómo de implicados estamos quienes comulgamos día sí día también? ¿En qué se nos nota?

Somos parte de la vida de Dios.



Fr. Ismael González Rojas
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

Fiesta del Corpus Christi - 26 de junio de 2011

Pan de Vida

Juan 6, 51-59

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: - Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Disputaban entonces los judíos entre sí: -¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: - Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come de este pan vivirá para siempre.

Explicación

Hoy estamos de fiesta grande porque Jesús se ha quedado con nosotros para siempre. Pero no sólo eso, sino que se ha hecho pan y vino para alimentarnos y darnos vida. Y esto lo hizo muriendo en la cruz por nosotros. Por eso nosotros creemos en él y le damos gracias. ¡Qué bueno es Jesús!